

TIEMPO Y ESPACIO EN LA HISTORIA DE COLOMBIA

General (r) JULIO LONDOÑO



El 12 de octubre de 1492 llegaron a las tierras de América las tres carabelas que España, en el más importante gesto de su historia, había impulsado desde sus costas rumbo a Occidente, para evitar que en su propio suelo se detuviera "el camino del sol". Muchos siglos atrás, cuando era una la fuente de donde brotaban la historia y la leyenda, surgió en China una cultura que irradiaba sobre el mundo conocido y hacia donde convergían las miradas de todos. A partir de allí, a lo largo de las eras siempre ha habido un país que empuña la antorcha de la civilización y de la cultura: Persia, Egipto, Grecia, Roma Francia, España. Todos ellos están en el centro de la zona templada y han ido surgiendo invariablemente de oriente a occidente. Es a esta sucesión de grandezas a lo que se ha llamado "el camino del sol". Y cuando éste, en su marcha, llegó a España en donde parecía que iba a inmovilizarse, La Pinta, La Niña, y La Santamaría le señalaron sobre el mar la ruta que debía seguir como si se mostrara temeroso de dar el salto de las costas del viejo mundo sobre un mar infinito.

La decantación milenaria de la historia había hecho que en todo episodio, espacio y tiempo fueran uno; que el acontecimiento y su medio geográfico estuvieran tan estrechamente ligados que historia y geografía no

puvieran separarse. Pero cuando la mitad históricamente oscura del mundo empezó a ser teatro de grandes proezas, el Globo se agigantó de repente y espacio y tiempo marcharon a menudo cada uno por su lado en estas nuevas tierras. Y cada vez que esta divergencia se produjo, la geografía se convirtió en una ciencia inútil, y la historia, sin suelo donde hundir sus raíces, perdió al mismo tiempo la razón y el camino. Entre nosotros, lo mismo que en todos los países de América, abundan los ejemplos de este extravío.

Para realizar su hazaña Colón había estudiado los últimos mapas de su época especialmente los de Toscanelli que representaban la tierra como una esfera y hacían aparecer las costas occidentales de Europa frente a las orientales de Asia. Según ellos la península Ibérica se oponía a las costas de Catay y Zipango, nombres conque Marco Polo, el más bizarro explorador de la edad media, había denominado a China y Japón respectivamente. Colón, con lecturas y mapas, con explicaciones y conferencias, con el cultivo de ambiciones y esperanzas había impregnado su ser de esta geografía fantástica hasta los más profundos rincones de su espíritu. Y desde el momento en que oyó que cruzaba el aire el grito de Rodrigo de Triana, hasta su muerte, creyó que ha-

bía llegado a las costas de Zipango y Catay. En su famosa carta sobre el primer viaje, en la cual ponía todo el impulso de su ánimo como para hacerles llegar algunas hojas de sus laureles, decía a los reyes desde Lisboa: "Cuando yo llegué a La Juana seguí la costa de ella al poniente y la hallé tan grande que pensé que sería la tierra firme, la provincia de Catay" y más adelante agrega: "Es esta Española el lugar más conveniente y mejor comarca para las minas de oro y de todo trato, así de la tierra firme de acá como de aquella del gran Kan". Y todavía al terminar su tercer viaje, cuando atraviesa el golfo de Paríá frente a las bocas del Orinoco se asegura a sí mismo que está en el golfo Pérsico en donde desembocan ya reunidos el Eufrates y el Tigris, los cuales, según las creencias antiguas encerraban el Paraíso Terrenal: "Grandes indicios —dice— son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos e sanos teólogos, y así mismo las señales son muy conformes.... y en ello ayuda así mismo la suavísima temperancia, y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo".

Cada nuevo viaje en vez de desvanecer en él la ilusión de que había llegado a las playas doradas del Oriente, le esculpía en la mente con mayor claridad los contornos de su inexacta geografía de manera tan firme que ya no podía cambiarla ningún razonamiento por claro y preciso que fuese. El cronista Navarrete, en el estudio de los viajes de Colón, refiriéndose a esta obsesión dice: "Colón se dirigía en este viaje a las costas de Asia, y pretendió haber llegado a las islas que bordean su litoral. Tanto se obstinó

en esta creencia, en la que permaneció toda su vida, que llegó en cierta ocasión a amenazar con graves penas, incluso cortarles la lengua, a aquellos de los tripulantes que dijeran lo contrario". (1).

Al obstinarse en que las costas de Europa estaban frente a las de China suprimía aproximadamente 120 grados, esto es, la tercera parte de la esfera auténtica, lo que equivalía a quitarle 170 millones de kilómetros cuadrados a los 510 que posee. Con esta reducción el globo resultaba enflaquecido y su pequeña imagen alucinaría a los conquistadores que habrían de venir tras él ansiosos de realizar grandes cosas pues hallarían que los objetivos perseguidos irían alejándose cada vez más de sus manos como si el suelo se fuera alargando con una elasticidad desesperante hasta que la fatiga y el desaliento los anclaran al suelo como árboles, parando sus empresas. Por eso en la historia de América la mayoría de las conquistas se quedaron sin terminar. Fueron victorias inconclusas. Con su ofuscación el Almirante fatigó a sus seguidores ya que a su angustia, a causa de que todo camino resultaba interminable, se sumaba el hecho de que se movían en un ambiente cuyos habitantes tenían solo una lejana intuición del tiempo y el espacio por el recorrido de sus flechas en el viento.

Cuando Colón llegó a España desahaciendo su ruta de Occidente a Oriente, los portugueses llevaban adelante su dominación en el sentido inverso, esto es, en el hemisferio opuesto del globo. En un mundo tan pequeño como el que se había supuesto, era indispensable fijar los confines de la conquista de españoles y portugueses como único medio de satisfacer su apetito espacial. El Papa Alejandro VI

(1) Cita de Carlos Sáenz - La Carta de Colón.

fue el escogido para el caso. Su bula, Intercoetera deslindó los campos de acción de dos naciones de ideas geopolíticas diferentes: la una quería un mundo ilimitado para que Portugal poseyera una superficie interminable y y la otra deseaba un mundo tan pequeño que pudiera caber holgadamente en la mano grácil de la Soberana de Castilla. Se sirvió para ello de un meridiano que debía pasar cien leguas al oeste de los Archipiélagos de las Azores y Cabo Verde. Pero era esta una línea imposible de trazar porque las islas de los dos archipiélagos están muy distantes unas de otras, y además, entre los centros, de este a oeste, hay una distancia aproximada de cien leguas españolas. Al publicarse la bula se planteó un fuerte antagonismo entre España y Portugal. Aquella pretendía que la línea alejandrina pasara cien leguas al oeste de la isla más oriental y éste deseaba lo contrario. Los preparativos bélicos y la airada actitud lusitana condujeron a un tratado en 1494, por medio del cual se corría la línea anterior 270 leguas al Occidente de la primitiva y así, andando de tratado en tratado se llegó al momento en que Portugal, en 1777 plantó un hito demarcador de sus posesiones en la desembocadura del río Yavary, en el Amazonas, hito hasta donde años más tarde deberían llegar los límites de la República de Colombia. La equivocación papal transtrocó en un momento lleno de acontecimientos de gran trascendencia todos los límites de la América meridional. Baste decir que solo en el año de 1928 quedaron definidas nuestras fronteras con las antiguas posesiones portuguesas.

La falsa idea de Colón, que para él tenía mayor fuerza de atracción que la verdad, siguió guiando la imaginación de las gentes hasta el año de 1513 en que Balboa descubrió el Mar del Sur y Magallanes y Sebastián Elcano dieron la vuelta al mundo. De allí en adelante

no hubo duda de que las tierras descubiertas no eran las costas de Asia sino un nuevo continente que se extendía de polo a polo formando una barrera que cerraba el paso a todos los hombres de la conquista.

Balboa avanzó por mar siguiendo la costa norte del istmo y continuó su viaje por tierra hasta el océano. A los pocos días empezaron los viajes de exploración y se halló una costa que corría de Oriente a Occidente, dirección en que parecía continuarse indefinidamente. Los recorridos en uno y otro sentido eran difíciles debido a la clase de embarcaciones que había que emplear. Los barcos hechos por técnicos europeos con materiales preparados y herramienta adecuada sólo llegaban hasta las costas del Caribe. Al otro lado del istmo era necesario cortar los árboles, servirse de herramientas inapropiadas y aceptar el trabajo de gentes inexpertas en materia de construcción de barcos.

El descubrimiento del nuevo mar fue una noticia resonante para el Viejo Mundo y con ella llegó la de las excursiones de conquista que en él se sucedían. Cosmógrafos de la categoría de Leonardo da Vinci hicieron planisferios que circularon por todas las manos y en los cuales la América meridional aparecía como una especie de triángulo muy agudo colocado de noroeste a sureste. Los mares del Norte y del Sur estaban separados en el dibujo por una faja tan pequeña que parecía poder atravesarse fácilmente e invitaba a las aventuras en profundidad. Bastaba una penetración audaz para alcanzar las tierras de Pizarro y seguramente hallar a medio camino como había sucedido en el Perú y en Méjico, montones de oro grandes como montañas. Y de allí nació la idea de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada.

La gobernación de Santa Marta, de acuerdo con la capitulación hecha con

Fernández de Lugo, estaba encerrada entre el meridiano del Cabo de la Vela, el río Magdalena y los mares del Norte y del Sur. De este inmenso territorio no se conocían sino la región costanera del norte. Era, pues, indispensable aprovechar la vía del Magdalena que partía de la entraña misma de esa comarca y quizás llegaba a su término.

Al mismo tiempo la marcha hacia el sur era una solución acertada al problema humano que ofrecía la vida de Santa Marta. Los hombres de Fernández de Lugo estaban pobres; no tenían esperanza de hacer fortuna en el sitio en donde la suerte los había fijado. Tenían hambre porque con su rudeza inicial habían hecho huir a la intimidación de los bosques a los indígenas que cultivaban sus parcelas para ellos. Pero como si esto fuera poco, su espíritu estaba enardecido a causa de los reflejos que despedían en su imaginación los tesoros que los esperaban en alguna parte, como había sucedido con sus compañeros de Perú y México para hacerlos tan notables y prósperos como Cortés y Pizarro Juan de San Martín y Antonio de Lebrija pintaban este estado de alma con las siguientes palabras: "Viéndose los conquistadores de Santa Marta pobres y fatigados y pensando ser gentes que podían pasar por todas partes, estaban todos desabridos y deseosos de ir al Perú. Había muchos que se echaban a nado, pasando navíos por allí para que los navíos los tomasen, por no dar el gobernador licencia a ninguno para que saliesen de la tierra".

Fernández de Lugo en las instrucciones que dio a Quesada decía: "Por las presentes nombro por mi Teniente General al Licenciado Jiménez de Quesada de la gente así de pie como de a caballo que está aprestada para salir al descubrimiento de las fuentes del gran río de la Magdalena". No podía señalarle un término más meridio-

nal por cuanto el rey en su capitulación le indicaba claramente: "No estaréis en los límites y términos de las otras provincias que están encomendadas a otros gobernadores".

El Adelantado remontó el río hasta el Opón; lo abandonó luego para atravesar la serranía y llegar al valle de los Alcázares al que denominó Nuevo Reino de Granada.

Era este nuevo reino una comarca de lengua y de costumbres completamente diferentes a las del medio circulante; estaba situado sobre el lomo de los Andes entre las cumbres nevadas del Páramo del Cocuy y del Sumapaz y desbordaba por la vertiente de la cordillera hasta disolverse por completo en la tierra cálida.

Organizaba Quesada sus dominios cuando llegaron a ellos Belalcázar y Federmán. Este encuentro casi simultáneo de tres grandes capitanes que habían partido de puntos contrarios del horizonte es uno de los hechos más extraordinarios de la historia de América y así mismo es excepcional que la geografía y la historia hubieran tenido entonces una separación tan inmensa. A poco del encuentro empezó la discusión sobre la ubicación del Nuevo Reino. Todos los detalles que a ella concierne pueden seguirse tanto en la colección de documentos inéditos que don Juan Friede envió desde Sevilla recientemente para la Academia de Historia como en su libro sobre el descubrimiento del Nuevo Reino.

Cada uno de los tres adalides sostenía que el Nuevo Reino pertenecía a una gobernación distinta. Las tropas opinaban de igual modo que sus jefes y los ánimos empezaron a incendiarse hasta rozar los límites de la violencia. No obstante, en un relámpago de cordura, resolvieron someter al rey sus diferencias para que decidiera lo más conveniente. Juntos emprendieron viaje a España pero ya en Cartagena se vieron obligados a precisar los térmi-

nos de su disputa ante el procurador de la ciudad.

Quesada, el más aventajado ideológicamente y el más parco en argumentaciones geográficas, anotaba discretamente que el Nuevo Reino estaba en tierras que pertenecían a Santa Marta por cuanto él había subido el río que tiene una dirección general norte sur y la distancia por él recorrida desde el río hasta el valle de los Alcázares era inferior a la que había entre Santa Marta y la desembocadura del mismo río.

Federmán sostenía que el Nuevo Reino pertenecía a Venezuela, administrada entonces por los Welzer por concesión de Carlos V. El hecho era muy claro para él por cuanto después de partir de Coro y atravesar la Sierra de Mérida había seguido hacia el sur ciñéndose a los flancos de nuestra Cordillera Oriental y luego tomando rumbo al oeste haciendo un recorrido inferior a la distancia que existe entre Coro y el Cabo de la Vela, límite de la gobernación de Venezuela. Federmán no cayó en la cuenta de que aunque la Cordillera Oriental hacia el septentrión va de norte a sur, luego, disimuladamente, tuerce hacia el Occidente, y cuando él trepó a la cordillera para alcanzar la Sabana hacía ya muchos días que había sobrepasado el meridiano del Cabo de la Vela y penetrado en tierras que no correspondían a los alemanes.

Belalcázar, el hombre del Pacífico, compañero de Pizarro en el descubrimiento del Perú, confiaba en que el mar del Sur era la base de la fortuna de las nuevas tierras descubiertas. Como él había salido de Lima con rumbo norte hasta alcanzar el río Sabamdiya, estaba convencido de que aquella costa se hallaba a poca distancia al oeste de su camino y que el Nuevo Reino no sólo estaba mucho más al occidente del sitio pretendido por Quesada sino que buena parte caía bajo la ju-

risdicción de la gobernación de Panamá.

Mientras los tres conquistadores esperaban el barco que debía conducirlos hasta el rey, los gobernadores de Panamá, Cartagena y Venezuela reclamaban el Nuevo Reino como tierras de su propiedad. El Obispo de Panamá hablando en nombre de la gobernación dice: "Fray Tomás de Berlanga, Obispo de Tierra Firme, llamada Castilla de Oro, por sí y en nombre de aquella gobernación a Vuestra Majestad suplica se le mande guardar la dicha gobernación y restituír lo que de ella está enajenado como el golfo de Urabá y la Tierra Nueva que por los de Cartagena y Santa Marta se ha paseado y no poderse proveer la dicha tierra más congruamente por parte ninguna que por Panamá y por la mar del Sur".

El Gobernador de Cartagena hacía así su reclamo: "Por lo por mí en esta causa dicho y alegado se debe declarar que las tierras de Bogotá que llaman el Nuevo Reino de Granada caen y se incluyen dentro de los límites de la dicha provincia de Cartagena y esto ante todas las cosas se debe y ha de terminar declarando pertenecer a la dicha provincia de Cartagena todo aquello que cupiese y estuviese incluso en su paraje, desde la costa del mar del Norte hasta la línea equinoccial".

Los Welzer de Venezuela reclamaban así el Nuevo Reino: "Y caminando Nicolás de Federmán, capitán de la gente de Venezuela, por la mitad del cuerpo de su provincia, halló al Licenciado Jiménez con cierta gente en el Valle de los Alcázares, que es casi en medio de la provincia de Venezuela".

Es curioso que esta gente, que no había sido feliz en sus expediciones, que no había hallado fortuna en sus trabajos y que sólo vislumbraba la gloria, se obstinara de manera tan firme en seguir luchando y sufriendo,

exponiendo la vida, afrontando a cada paso la muerte, llamando a voces a todas fuerzas de que disponían para poder hacer frente a los sufrimientos. Tal vez nadie lo ha explicado mejor que Liñán en su Guía y Aviso de Forasteros: "Para estos —dice— se hizo el surcar los mares, el descubrir Indias, ocupar presidios, arrastrar picas, domar caballos, tremolar banderas y empuñar jinetas; correr las ajenas campañas y gozar de los despojos de los bárbaros: que mucha honra y poca hacienda, a que los ha de obligar sino morir peleando?".

El rey nunca dirimió esta disputa aunque designó a Jiménez de Quesada como Mariscal del Nuevo Reino, quien a su regreso a Santa Fé halló en lo que él creyera sus dominios, instalada la Real Audiencia y el lugar de su fortuna ocupado por la desventura.

El Nuevo Reino cobró fuerza. Le fueron subordinadas numerosas provincias. Sus límites avanzaron hasta los Virreinos del Perú y México. Esta arrogante magnitud, este infinito ámbito geográfico, al mismo tiempo que lo engrandecía podía constituir su más serio peligro. Era una superficie tan vasta que en su centro mismo se daban cita las grandes regiones continentales: las selvas amazónicas que iban hasta el corazón del Brasil. Los Andes que atravesaban de norte a sur las colonias de la América Meridional. Las inhospitalarias costas del Pacífico que llegaban hasta el norte del Perú. El litoral seco del Atlántico que se prolongaba hasta los confines de Venezuela.

Esta unión de las regiones del continente en el corazón del Nuevo Reino bien podía despertar fuerzas contrarias que fortalecieran la unidad o la pusieran en peligro. Ya Carlos V había visto claro esto. En la Imagen del Mundo hacia 1570, se explica: "El Nuevo Reino de Granada constituía en varios aspectos un todo algo distan-

ciado de las otras audiencias del Virreinato; en lo geográfico quedaba en parte fuera de las tierras andinas aunque por sus comarcas occidentales a los Andes quedaba ligado; en lo político aunque dependía del Virrey del Perú lo hacía a través de lazos más débiles que Quito y los Charcas. Así, por ejemplo, Carlos V, en 1549 dispuso que "el Gobernador y Capitán General de las dichas provincias del Nuevo Reino de Granada y presidente de la Real Audiencia de ellas, tenga uso y ejerza por sí solo la gobernación de todo el Distrito de aquella Audiencia".

Los Andes al entrar a Colombia se dividen en tres grandes cordilleras que emiten estribaciones en todas direcciones formando un inmenso mosaico de valles y hondonadas, cálidos los unos, fríos los otros, pero todos, como reductos, separados entre sí por ramales que se elevan con su perenne poder distanciador. En cada uno de ellos se había detenido un conquistador que, cansado de su aventura infructuosa, terminó allí su faena, y mientras a su alrededor se formaba una ciudad, todos podían mirar hacia el cielo y contemplar, ya sin codicia el oro tembloroso de las estrellas.

Poco a poco cada uno de estos diminutos países tuvo una vida propia, una personalidad que lo diferenciaba de los demás y que a medida que la dominación española se afirmaba en el conjunto, perseguía vigorosamente su independencia, pero afrontaba un dilema tanto más difícil de resolver cuanto más agudos eran los peligros que insinuaba el porvenir: o concentraba sobre sí sus propios esfuerzos aunque se debilitaran los nexos que lo unían al conjunto para llegar más pronto a un merecido progreso, o dedicaba la mayor parte de su brío a fortalecer el conjunto a costa de frenar el propio adelanto. Lo primero daría cultura; lo segundo, fuerza. Hablando en términos

de política el dilema ofrecía con igual firmeza federalismo y centralismo como sistema para internarse en el futuro.

Al sucederse el movimiento revolucionario del 20 de julio la idea de federación agrupó a una parte de la población, y la de centralismo a la otra. El enardecimiento surgido de la defensa de las ideas lanzó a unos contra otros, y empezó a correr la sangre antes de que se tuviera conciencia de la libertad. Quizás este era un don demasiado nuevo para ellos y su claridad los había deslumbrado. La sangre derramada dejó su herencia en cada uno de los bandos contrarios y encarnó en las banderas de los partidos nacionales. Nunca la geografía tuvo vivencia mayor en el alma de un pueblo, ni jamás nación alguna se negó tan persistentemente a escuchar la voz oscura de la tierra.

Hoy hemos llegado al mismo punto de partida histórico en que nos hallábamos en 1492. El mundo se ha empequeñecido de repente pero no por falta de exactitud sino, al contrario, por exceso de precisión. No hay acontecimiento que se suceda en un punto de la esfera que no esté reflejado en sus rasgos exactos en todos los sitios. Las antenas del universo reciben simultáneamente las noticias que se difunden a todos los ángulos de la tierra o del espacio; hacemos en horas jornadas que antes cumplíamos en meses o en años; los aviones ligan los continentes con un movimiento incesante. La humanidad crece con un ritmo gigantesco y aterrador conque amenaza destruirse a sí misma y la ciencia prolonga en forma nunca sospechada la vida del hombre. Los campos apenas si son suficientes para apaciguar el hambre. La técnica, que cada día realiza lo increíble, consume apresuradamente las materias primas

para abastecer a esa humanidad creciente. En este remolino la historia y la geografía no pueden separarse porque es fácil que no vuelvan a encontrarse.

La historia nacional es una participación, a menudo heroica, en la historia mundial. Pero esta participación no tiene para cada país igual densidad. Hay partes del propio suelo en donde la trama histórica es más tupida que en otras y quienes quieren cambiar esta modalidad pueden separar por la fuerza el espacio y el tiempo en momentos en que la patria tiene que formar una entidad indivisa. Así, en nuestro país, que tiene una superficie aproximada de 1.138.000 kilómetros cuadrados, hallamos un espacio que constituye un polígono que encierra el antiguo Nuevo Reino de Granada y cuyos vértices podrían ser Popayán, Cali, Sumapaz, Sogamoso, Bucaramanga, Barrancabermeja y Medellín. Su extensión es de unos 185.000 kilómetros cuadrados. Allí se ha concentrado el futuro de la historia de Colombia. En este reducto están el oro y las esmeraldas, el petróleo y el hierro, el café y la ganadería intensiva las redes de carreteras y ferrocarriles. Allí viven once de nuestros diez y seis millones de habitantes; están las Academias y universidades rectoras, la sede del gobierno y la dirección de la cultura, la política y la economía, el dinamismo comercial y las industrias. el arte y la ciencia. En ese centro tremolan las banderas de las distintas ideologías políticas, se entremezclan las religiones y se convierten en planes las esperanzas. Allí se halla nuestra angustia y nuestra pesadumbre, los estremecimientos sociales y la mancha de la violencia; allí se concentran, en suma, palpitantes, todos los elementos que van formando la historia nacional que la Academia de Historia describirá mañana en su huracanada reali-

dad. Es hacia allí a donde el país debe dirigir sus ojos de manera especial y concentrar sus esfuerzos porque es donde hay más hombres y por tanto más sufrimientos.

Y es en este sector donde tiempo y espacio están unificados y cualquier intento de separación puede llevar por caminos de locura.

El tres de agosto de 1492 salieron

del puerto de Palos tres carabelas que tenían como misión trazar sobre el mar "el camino del sol". Las gentes que desde la orilla miraban su partida las veían una tras otra como tres puntos oscuros en la curva del horizonte. Eran los puntos suspensivos que indicaban que de allí en adelante seguía la segunda parte de la historia del mundo.

EL GENERAL JULIO LONDOÑO PRESIDENTE DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

El trabajo "TIEMPO Y ESPACIO EN LA HISTORIA DE COLOMBIA" fue leído por el señor General (r) JULIO LONDOÑO el 12 de octubre del presente año, al tomar posesión de la Presidencia de la ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA.

La Revista de las Fuerzas Armadas registra con especial complacencia la distinción que los señores Académicos han hecho al señor General Londoño, nuestro eminente colaborador.

Tan señalado honor es justa recompensa para quien ha consagrado su existencia al servicio de la patria en el ejercicio de la profesión militar, en la diplomacia, en la cátedra, en el estudio profundo de la historia y de la geopolítica.

La Redacción.